

El teatro de las apariciones

ANDREA VALDÉS

Al entrar en la curva siento que mis brazos se vuelven pesados. ¿Qué esperabas?, me digo, si en las obras de Jordi Colomer siempre sucede algo: una carrera, una fogata, una fiesta. O gente que se tira al agua, que camina contra el viento, clava una bandera en la nada y comparte una paella. Si se menciona un texto tiende a ser programático y aquí entran Charles Fourier, los situacionistas o Yona Friedman. A mí me gusta cuando lo hacen de costado, como una invitación al acto o esa receta que otros hacen suya con lo que pillan de su propia despensa. Es este mismo impulso lo que me llevó a pensar el siguiente desfile, hecho de distintos momentos y escrito al calor de un rodaje donde acabé abrazada a un edificio falso, como figurante. Son situaciones que parten de datos y espacios reales y que se colaron en mi cabeza, a veces, en forma de conversación. Otras, como una advertencia, un fogonazo, una posibilidad o ese escenario en el que querría estar y al que aún no he llegado. También como un misterio y aquí pienso en una ciudad que cada año se forma de manera espontánea, por quienes huyen de los inviernos que son demasiado severos.

I. Una piedra en el zapato

Dicha ciudad está en Quartzsite, Arizona. Apuesto a que ahí la vida es muy distinta a la de Nueva York, Chicago o San Francisco, donde la gente se endeuda con facilidad y hasta tiene en cuenta Europa, ese continente en el que se sirven cafés con cierta mala leche y se celebran tan poco las universidades. En temporada baja, Quartzsite tiene unos tres mil habitantes pero a partir de octubre sucede algo insólito. Empieza a llegar gente de todas partes, en autocaravana. Al principio lo hacían atraídos por el clima y los alquileres de parcela, que para acampar eran muy baratos, pero, con el tiempo, aquel lugar situado en pleno desierto empezó a configurarse como enclave turístico y hoy es una de las diez ciudades más densas de Estados Unidos. Lo es solo durante unos meses. En marzo el paisaje empieza a deshacerse. Sus habitantes migran a otras partes. Se despiden hasta el año que viene.

¿Qué lleva a más de un millón y medio de personas a acampar voluntariamente en esta explanada? Esta pregunta se me hace inevitable, considerando que sus dos únicas atracciones son una tumba rematada con la figura de un camello, animal que intentó importarse sin demasiado éxito durante la guerra entre México y Estados Unidos, y un mercado de minerales y rocas de distintos tamaños. Estas piedras apenas tienen valor, pero sirven de excusa para facilitar la interacción entre unos y otros, pasarse información y crear nuevos vínculos, como cuando de pequeños nos reuníamos ansiosamente en una esquina, a intercambiar cromos. En el fondo, se trataba de hacer amigos.

Una tarde, un discípulo de Gurdjieff al que solo le quedaban cuatro dientes, se colocó una de esas piedras en su zapato. «No sea cabezota y haga usted lo mismo», le sugirió a su vecina. La señorita Newsom, que tanto sabía de ornitología y tocaba el piano desde los cinco años, había perdido la habilidad de escribir canciones y estaba muy irritada. Temía ser víctima de su propio virtuosismo. «Quisiera olvidarlo todo, pero me pierdo en sinfonías», le confesó, «y lo de estar siempre de gira no me ayuda demasiado». El discípulo insistió: «La piedrecita le hará pensar en su cuerpo a cada paso y acordarse de lo inmediato». Luego dijo: «No hay alivio sin dolor». Una idea parecida llevó a ese mismo hombre a pasarse un tiempo intentando escribir con la otra mano, «pues el cerebro es un músculo y más vale ejercitarlo». Al oír esto, la señorita Newsom inclinó la cabeza, menos asombrada por las palabras de aquel extraño que por sus ojos, que de tan brillantes parecían heridas. No muy lejos, unos jóvenes afinaban su puntería lanzando piedras de mayor tamaño contra un montón de latas vacías, mientras sus hermanas, que ensayaban un truco de magia, las aceptaban como moneda a cambio de poder ver su espectáculo.

II. Coches catedral

Aunque se me ocurren otras apariciones, pues no todo ha de suceder en Norteamérica. Pienso en los pueblos que inundó el franquismo y nos devuelve la sequía, o ese hotel de Transilvania que incluye sustos en su tarifa. En el reloj del British Bar de Lisboa, donde los números están misteriosamente invertidos o en el atasco que generan esos coches que al acercarse a la frontera reducen la marcha. Los estibadores marselleses los llaman *voitures cathédrales*, pues apenas se les ve la carrocería. Tampoco los asientos. Sobre su techo se apilan colchones, sillas, fregaderos, quizá una alfombra o un par de bicicletas, atadas con cuerdas. No se parecen en nada a una autocaravana y, sin embargo, estos monumentos tan singulares también podrían considerarse casas móviles. (la señorita Newsom, con o sin piedra en el zapato, estaría de acuerdo). Si en el maletero hay corbatas, que sean menos de ocho, para no tener que declararlas en la aduana. También quedan exentos el ordenador personal y los electrodomésticos, siempre que sean de segunda mano, tengan taras o algún defecto. La mayoría de estas cosas pertenecen a los inmigrantes que cada junio viajan de Francia al Magreb con media vida a cuestas, a reencontrarse con sus familias. Lo hacen esquivando cada bache para no romper los amortiguadores, pues son sensibles al exceso de equipaje. Durante el trayecto, quizá alguno sintonice la radio. En France Culture, un «experto» dice: «En términos abstractos, pero al mismo tiempo muy concretos y materiales, creo que debemos pensar la política no tanto como la misión de educar a los demás y explicarles cómo son las cosas, sino como el arte de facilitar encuentros, de construir otras formas de sincronizar y orquestar multitudes y ritmos, de

hallar otras prácticas y encarnaciones. Después de todo, no nos conformamos con el capitalismo porque nos convenza una trama ideológica supercoherente y persuasiva, lo hacemos por inercia».

Suena bonito, pero ¿cómo cambiarla?

III. La cacería láctea

Quizá podamos aprender algo de las fiestas, aunque la que me viene a la cabeza no sea la más sofisticada. Sucede cada año en Gran Bretaña.

El festival del queso rodante es una tradición de origen desconocido pero se menciona en varios escritos del siglo XIX. Consiste en soltar tres o cuatro bolas de Gloucester y perseguirlas colina abajo por una pendiente extremadamente empinada. Tanto es así que entre el desnivel, el barro y la hierba, la mayoría apenas se tiene en pie. ¡Hacen de croqueta para alcanzar al queso, que siempre llega antes a la meta! Algunos van con máscaras, vestidos de oso panda o envueltos en una bandera. Si cogen demasiada velocidad, se dejan interceptar por los *catchers*, hombres fornidos que frenan su llegada para no chocar contra los árboles, lo que no quita que en cada edición haya contusiones, morados, esguinces... Me pregunto si lo que les lleva a correr de este modo es un impulso atávico. A los lados, el público lanza ovaciones o aplaude y hace vídeos que muy pronto se hacen virales.

Comentarios al margen, imagino que lo que hacen las fiestas populares es básicamente lo que hacen todos los ritos: crear una prolongación de la realidad. O darnos un espacio en el que poder purgarnos. Son excesos que han sido previamente consensuados y que internalizamos como algo vital y necesario.

IV. Interludio vandálico

Mención aparte merecen quienes actúan por su cuenta, presa de un arrebató. Y aquí pienso en Ciara P., esa joven romana que ya hacía años que se sentía defraudada por Italia, sobre todo desde que le quitó el sueño. Por eso, una madrugada, cansada de no poder pegar ojo por el ruido de las calles, cogió su moto y subió la famosa escalinata que da a la Piazza di Spagna. Condujo



PARPA WER: ¿Pero qué pendejada es esta?

TROGLODITA: Jajaja. Ahora entiendo lo del Brexxxit.

MR. SAILOR: Y todo por un queso. ¡La testosterona no tiene límite!

X-LOS-PELOS: Atención al momento 00.23... R.I.P?

NOSOYCHANDLER: ... Y yo que pensaba que los burros eran los yankees.

AIXA78: Como si en España no se tirasen cabras de un campanario. [sic]

sobre sus ya maltrechos peldaños reiteradas veces, hasta destrozarlos. Cuando le preguntaron por la motivación de aquel acto, dijo: «¡Así ya no tendrán que hacerlo los turistas! ¡Así nos dejarán un rato en paz!» Le retiraron el carné, pero por una vez consiguió dormir del tirón.

Más destrozos: una turista rusa lanza una taza a *La Gioconda* en pleno agosto. En Tarragona, un joven escribe «Visca el Barça» en un dolmen y se hace un *selfie*... porque se aburre. En El Teatro de las Apariciones también han de figurar esos ensañamientos con el pasado motivados por la rebeldía o la ignorancia. Menos visceral es el abandono, esa especie de violencia invertida que también modifica nuestro entorno, lo que me remite a aquellos espacios que dejamos de tener en cuenta y a los que cayeron en desuso y tratamos de rescatar.

V. El parque de los iniciados

En 2010, el Ayuntamiento de Berlín convocó un concurso abierto de ideas para encontrar un uso al antiguo aeropuerto de Tempelhof, que al estar ubicado en plena ciudad y no poder ampliar sus instalaciones, dejó de ser rentable. En este contexto, se propuso:

1. Trasladar allí los estudios cinematográficos de Babelsberg.
2. Montar un centro médico con transporte aéreo para las urgencias.
3. Convertirlo en una zona de prostitución libre, legal y segura.
4. Levantar una montaña con una pila de escombros de hasta mil metros para disfrutar del zoo y las vistas.

En Facebook, la defensora de la tercera opción admitió haberla presentado como una provocación, asumiendo la absoluta falta de imaginación del resto de participantes; y es cierto que, salvo en los casos mencionados, todos preveían construir viviendas, oficinas y varios equipamientos.

Por suerte, todas aquellas propuestas se vieron eclipsadas por la iniciativa de una plataforma ecologista que, en menos de una semana, recogió las firmas necesarias para convocar un referéndum. Su propósito era dejar el aeropuerto tal cual, como un espacio abierto y desprogramado, para disfrute de los ciudadanos. «A nuestros gobernantes nunca les gustó la idea de este parque. No hicieron nada en él, pensando que así la gente no iría y acabaría por olvidarlo. Y fue al revés: los dos millones de personas que lo visitan al año buscan justamente eso, que no haya nada, y así queremos que siga», dijo una activista al ser entrevistada, sin saber de otros lugares que también renunciaron a su significado y se hicieron solos, en su abandono.

En los setenta, por ejemplo, los escombros del entramado de autopistas de la ciudad de Buenos Aires se tiraron al río, formándose una isla artificial de la que debía nacer una segunda operación especulativa, pero esto no se llevó a cabo inmediatamente y, con el tiempo, el cemento empezó a cubrirse de maleza. Crecieron árboles y aparecieron un montón de aves y otras especies, de modo que la gente empezó a referirse a aquel enclave como «La reserva ecológica», lo que hace que hoy sea un lugar intocable.

En cuanto a Tempelhof, algunos lo llaman «El parque de los iniciados», pues es allí donde la gente aprende a ir en bici, a conducir, a besarse... De vez en cuando, los que ya son habituales incluso charlan, encantados de que, por una vez, la voluntad colectiva se impusiera a los intereses privados y el ayuntamiento no hiciera literalmente nada. Todo iba estupendamente hasta que un día, mientras uno desplegaba una tumbona en una de las pistas, su vecino dijo:

—A este lugar solo le veo una pega: hay demasiado viento—. Luego sacó un termo de una cesta.

—¡Ya lo puedes decir! Con lo poco que costaría plantar unos cuántos árboles —dijo el de la tumbona y se frotó las manos—. O poner una fuente.

A lo que se sumó un tercero:

—Pues yo lo que no entiendo es que siendo los que somos, no hayan instalado ni un solo retrete. Toda la vida trabajando... ¿y esto es lo que nos ceden? Un mísero descampado en el que se nos vuelan las bolsas y en el que hay que poner hasta las bicicletas. Además, todo el mundo aparca donde le da la gana.

—Tienes razón. Cualquier día habilitamos una zona de parquin.

Y un cuarto dijo:

—Ya que estamos, ¿por qué no montar un pequeño escenario para conciertos?

—Yo voto por un minigolf...— añadió un quinto.

Y sin apenas darse cuenta, proyectaron una ciudad entera, que era justo contra lo que se habían organizado no hacía ni dos años, lo que me remite al título de un cuento que ni siquiera he leído. Dice así: En los sueños empiezan las responsabilidades.

VI. El sueño dorado

Escribo esta frase mientras voy de camino de Sitges, donde Jordi Colomer me espera con su equipo de rodaje, varios figurantes y dos azafatas. La cita es en un autódromo que se construyó en trescientos días, cuando hasta el más tonto parecía elegante en las fotos, así que de una pista de aterrizaje me voy a otra de carreras, también medio abandonada. Esta, concretamente, rodea una masía del siglo XVI y tiene peraltes de hasta noventa grados. Me dicen que en su día fue inaugurada por Alfonso XII y Primo de Rivera, aunque entró en declive muy rápido. Nunca acabó de funcionar, por mucho que el piloto Edgar Morawitz la relanzara unos años más tarde, anunciando una carrera insólita: la de un coche Bugati contra una avioneta. Desde entonces, le han pasado varias cosas. Sé que en sus gradas, cubiertas con techo de uralita, llegó a haber un

cuartel republicano. Más tarde, se construyó una granja avícola y se celebraron pesebres vivientes y algunos rodajes. En el suelo aún se ven las marcas. También hay malas hierbas y el rastro espontáneo de alguna oveja, que pasta no muy lejos.

«Tengo el bolsillo del pantalón roto», le digo a un técnico, mientras me ajusta el micrófono. Lo llevo pegado al cuerpo... y es que no sé qué pasa que en vez de tomar apuntes, me veo formando parte de un segundo rebaño. Me sorprende que quienes me acompañan con varios trozos de cartón hagan tan pocas preguntas. Es como si al exponerse a este último tramo se dejaran contagiar por él y estuvieran abiertos a cualquier cosa, incluida una carrera de falsas fachadas.

Ahora sois esclavos que cargáis con trozos de edificio y queréis llegar en cuanto antes. En algún momento, estaría bien que os los intercambiarais, pero sin deteneros. Id corriendo, siempre hacia adelante.

Contamos hasta veinte desde que la furgoneta, que nos graba, empieza a circular, y entonces nos ponemos en marcha. Ahora formo parte de la escena, lo que me lleva a explicarla de una manera distinta a todas las anteriores.

Lo bueno de ir a la cabeza y quedar antepenúltima son las vistas: todos los cartones corresponden a fachadas de hotel de playa setenteros y yo me dejo adelantar por ellos. Es casi un viaje en el tiempo. A Benidorm, a Ibiza... De todos modos, me hubiera gustado hacer trampa, como en las viejas películas. De pequeña me encantaba *El mundo está loco, loco, loco*. La trama era un encadenado de gags. La vida y la velocidad.

Al acabar esta vuelta, en la que nos demoramos un rato, veré a estas mismas fachadas girar sobre sí mismas y en torno a ellas, ya montadas en andamios. Pesan varios kilos pero se mueven con gracia, en un baile asistido por los mismos figurantes, que ahora hacen de tramoyistas, y es tan bello que no nos adelantamos al peligro. De pronto, dos de los andamios quedan atrapados entre un cable telefónico y otro de alta tensión. «¡Corten!» Viene el electricista.

Poco después retomamos la acción. «Hablad de lo que hicisteis este fin de semana», les dice Jordi desde la furgoneta a un par de azafatas. Caminan con tutús fluorescentes en los tobillos. «Hablad de cómo os veis de aquí a unos años, hablad del futuro». Y en el último tramo: «Hablad de cómo es España».

A lo lejos quedan varias fachadas. Sin ser la mejor encarnación del sueño europeo, ¿quién nos dice que Ibiza, Benidorm e incluso Sitges no sean las más estables? Ahí donde los jubilados de otros países llevan años codeándose con la población autóctona y la gente de campo se acerca a la megaurbe cada fin de semana, seducida por los menús en tres idiomas, los karaokes y escaparates gigantes. Como sueño tiene una materialidad un tanto cutre, pero se diría que en estos casos la energía y el deseo completan lo que la arquitectura no aporta y entre los dos construyen algo. En otras palabras: son las ganas de broncearse lo que vuelve al sueño dorado.

Me pregunto si, a su manera, Jordi Colomer no hace lo mismo: con cartones y unos cuantos ventiladores monta todo un mundo y es de una economía que sorprende. Quizá porque confía que el resto lo ponemos las personas cuando nos encontramos, ya sea en medio de un desierto para intercambiar piedras, en un atasco donde los coches tienen otro nombre, en la falda de una colina desatándonos o en la pista de un aeropuerto abandonado que reclama algún relato y, finalmente, en la de un autódromo en el que empieza a oscurecer, mientras uno de los cámaras se ríe de las nubes y se pregunta si de verdad son reales. A saber...